

Queridos amigos:

No pretendo aquí y ahora analizar la obra crítica –sin duda muy importante– del que fuera mi amigo y casi hermano Sergio Beser. Con seguridad, de cuantos estamos en esta sala, incluyendo a su esposa Amparo y a su hijo Andreu, que nos acompañan, fui yo quien lo conocí antes y quien coincidió en su formación como hombre y profesional de la Filología o Historia Literaria, en los primeros avatares universitarios, en estas aulas. No es que me vanaglorie de haberle conocido mejor, sino antes. Porque la personalidad de Sergio, pese a su sencillez y extraordinaria cordialidad, resultaba algo más compleja de lo que a primera vista puede parecer. En cierta medida, hablar de él es también descubrir parte de mi autobiografía, porque nuestras vidas corrieron en paralelo durante muchos años, casi toda la vida, prácticamente hasta sus últimos días. Os transmitiré, pues, unas muy escasas pinceladas, porque narrar lo que vivimos sería confeccionar todo un libro, casi un texto de historia. Con él se fue el último testigo de mis primeros años y primera juventud. Entramos en contacto a los nueve años, cuando ingresé en el último curso de primaria en las Escuelas Pías de San Antón, en las Rondas. Vivíamos en el mismo barrio, que entonces se denominaba Distrito Quinto y no Raval, ambos fuimos hijos únicos, y nos sentíamos emocionalmente y por ubicación social de izquierdas. La calle del Hospital, en Barcelona, constituía una especie de frontera de la que participábamos Sergio y más tarde (porque era más joven) Manuel Vázquez Montalbán, así como Terenci (en realidad Ramón) y Ana María Moix, Josep Benet i Jornet y algunos más de un lado y otro de la frontera. Podría extenderme en las vivencias de aquellos primeros años, cuando Sergio era el único niño pelirrojo de la clase. Los pelirrojos lo son porque su cabello carece de melanina, según nos contaron tomándolo como ejemplo. Por otra parte, Sergio había nacido en diciembre de 1934, yo en enero de 1935; por consiguiente era mayor –con apenas un mes de diferencia–, pero convinimos que siempre sería el mayor. Aquel colegio de escolapios podría servir de argumento para una novela folletinesca. La prostitución, que era visible en la confluencia de la calle Joaquín Costa/Rondas (y que la tradición todavía mantiene), deambulaba también por el vestíbulo del propio colegio, del que poco antes el director, un cura de la orden, había sido trasladado por traficar en la valija diplomática, de la que gozaba, con cocaína o

morfina –no recuerdo bien–, que llegaba desde las casas americanas. Había que reunir fondos para reconstruir la iglesia que había sufrido grandes desperfectos durante la Guerra Civil. Pero tal vez sólo fuera una leyenda.

Muy pronto Sergio y yo nos hicimos íntimos amigos. En tercero de Bachillerato tuvimos la fortuna de caer en el curso del profesor Julio R. (Rebollo) Montes, natural de Valladolid, que fue reclutado como voluntario en la llamada División Azul y combatió a los soviéticos en Leningrado. Era un maestro vocacional y de gran cultura literaria, a quien recuperamos, años después, cuando, ya adolescentes, nos preparó, con clases particulares en su domicilio, a un grupito para superar el entonces difícilísimo Examen de Estado. Nos llevó a la lectura y constituyó un referente. Recuerdo que al final de aquellas clases a Sergio le regaló un ejemplar de *Guerra y Paz*, de Tólstoi, y a mí *Los papeles de club Pickwick*, de Dickens, que todavía conservo. Hicimos, pues, el periplo del examen obligatorio de ingreso al Bachillerato en las aulas de este patio y los siete años de estudios en las Escuelas Pías, donde vivimos toda suerte de experiencias, incluida la huelga de los tranvías de 1951. Me doy cuenta de que aludo a hechos de hace más de medio siglo y que a muchos han de sonarles a historia rancia. Lo cierto es que en 1952 entramos ya en esta casa para realizar una prueba de fuego (en mi grupo – amalgama de centros diversos– suspendieron casi el 80% de los que se presentaron), pero Sergio Beser, en otro grupo, obtuvo la calificación de Notable, lo que era casi impensable. Durante aquellos años de Bachillerato fui con frecuencia a su casa, un colmado con altillo, regentado por sus padres, el señor Felipe y la señora Áurea, con la excusa de estudiar en una pequeña habitación que daba a la calle de León, esquina Tigre, junto a La Paloma (no es un chiste). Una vez aprobado el Examen de Estado había que elegir estudios. Sergio se inclinaba por ser inspector de Aduanas, donde se ganaba mucho dinero; pero yo estaba decidido –¡inocente de mí!– por Filosofía y Letras. Dudaba, pero creo que le convencí. No debo arrepentirme de ello.

Con el Examen de Estado habíamos entrado, pues, en esta casa. De Literatura Española me había examinado oralmente un profesor llamado Antonio Vilanova, que me preguntó sobre Valle-Inclán, tema que no figuraba en aquellos textos E.P (Escuelas Pías) en los que se valoraba al P. Castelltort, pero no así a la llamada generación del 98 y mucho menos a los escritores que siguieron, aunque gracias al Sr. Montes y a mis visitas semanales al mercado de libros viejos de San Antonio pude alcanzar el promedio. Pasaré ya a 1952, cuando, de pronto, llegamos a las aulas del Alma Mater y nos encontramos con los dos cursos troncales de unos setenta alumnos, de los que tan sólo siete u ocho éramos del género masculino, incluyendo algún cura.

Viniendo de un colegio religioso y apenas sin contacto con el otro género –aunque éste no fuera mi caso–, no resultó tan difícil adaptarse. Allí estaban también Josep M^a Carandell y Ricard Salvat (ya fallecidos) o Miquel Izard, y se integraron, aunque fueran alumnos del curso anterior, Feliu Formosa, Enric Miret y Francesc Rodon, alguno de cuyos nombres apenas si les dirán nada, aunque para nosotros fueron importantes, como Marcel Plans, Quim Vilar, y algunos estudiantes de Derecho, con quienes compartíamos patio, como Luis Goytisolo, Octavi Pellisa, Joaquim Jordá, Salvador Giner y Lluís Izquierdo (siempre algo más joven, a caballo entonces entre Derecho y Lenguas Germánicas), Alfonso Solans, y otros, como el inolvidable dúo Gabriel Oliver y Carlos Pujol, más jóvenes todavía, con los que hablábamos no sólo de literatura. Junto a aquellos amigos, surgieron otros con ribetes políticos como Jordi Solé i Tura, el historiador Josep Fontana y un largo etcétera, aunque fue del seno de nuestro minúsculo grupo de donde brotaron efímeras revistas universitarias como *Hidra* (en ciclostil) y *Gaudeamus*, impresa por Joaquim Horta (un solo número). Hacia el final de carrera, Sergio y yo acudíamos, por placer, a las clases de Vicens Vives, aunque no formaran parte de nuestra especialidad, y participamos del seminario de literatura que dirigía el joven Josep M^a Castellet. Finalizada la carrera, colaboramos también en la revista *Índice Histórico Español*, que dirigía el propio Vicens. Ambos elegimos, durante dos años, los cursos de Literatura Catalana del entonces clandestino Institut d'Estudis Catalans, que daba Jordi Rubió i Balaguer en el comedor de su casa al final de la tarde, con quien compartiría pocos años después despacho en la Editorial Salvat hasta su jubilación; en tanto que Sergio, de la mano de Martí de Riquer, entró a formar parte del equipo que, capitaneado por Joan Oliver, «Pere Quart», adaptaba el Diccionario de Literatura de la editorial Bompiani, en la editorial Muntaner y Simón, hoy Fundació Tàpies. Todo es ya historia.

Tuvimos algunos profesores, de cuyo nombre prefiero no acordarme, pero otros sí conviene mencionar como Joan Petit, el lingüista Josep Roca, Francesc Noy, Joaquim Molas y, en lugar destacado, Martí de Riquer. Hacia 1956 Sergio Beser descubrió a Leopoldo Alas, Clarín. Desde aquel momento se inició una tortura, porque se convirtió en su tema predilecto de conversación. Escribió su tesina (obligatoria) sobre él y siguió más tarde con la tesis doctoral que le dirigió José Manuel Blecua. Pero, por aquellos años, se produjo también un encierro estudiantil, en demanda de un Sindicato Libre de Estudiantes que sustituyera al obligatorio SEU, en el Paraninfo, y por ello, perdimos el curso los varones y las jóvenes tuvieron que pagar de nuevo la matrícula. A mí, como parte de la organización del asunto, me correspondió, además, un expediente personal

y la expulsión de las llamadas «Milicias Universitarias», en tiempos en los que el servicio militar era obligatorio. Sergio pudo hacer el segundo campamento en «Los Castillejos» y acabó como sargento. Pero poco después ya había conseguido su cátedra José Manuel Blecua, a quien conocí en una cena, recién llegado, en un homenaje al poeta Blas de Otero (que fue quien me invitó) y Ana M^a Matute, ganadores ambos de los Premios Ciudad de Barcelona. Fue Blecua quien nos pidió que actuáramos de ayudantes de «clases prácticas» en su cátedra recién estrenada. Por entonces se trasladó de Zaragoza toda su familia, su esposa, fallecida pocos años después, y sus hijos José Manuel y Alberto. José Manuel se estrenó en estas aulas y más tarde ambos se integrarían a una recién estrenada Autónoma. Blecua nos preparaba, a Sergio y a mí, con deberes quincenales, para opositar a cátedras de instituto, como hicieron sus hijos. Estimaba que su propia trayectoria era la que debíamos seguir. Pero las cosas se torcieron por razones político-policiales. Yo desaparecí de escena y Sergio Beser se convirtió por algún tiempo en el otro hijo de mis padres, que le adoraban, y a los que visitaba casi a diario, como poco más tarde hiciera Manolo Vázquez Montalbán, de regreso de Madrid. Cuando me ofrecieron una plaza de *Assistant Lecturer* en la universidad de Liverpool, sustituyendo a Joaquim Molas, Sergio estaba ya en Inglaterra, en la Universidad de Durham. Nos vimos allí en alguna ocasión. Estuve en Durham de visita e, incluso, organizamos un encuentro en Oxford. Habíamos descubierto lo que era una universidad y nos preguntábamos qué podríamos hacer para que las nuestras se parecieran a lo que vivíamos entonces y estábamos viendo. El currículo de Sergio prosiguió en Sheffield y más tarde, ya con Amparo, en los Estados Unidos, antes de integrarse en la Universidad Autónoma de Barcelona (hoy de Bellaterra). Quisiera dejarlo así. Que retuvieran como la imagen clave la de aquellos entonces jóvenes profesores, repletos de ilusiones, que descubrían las calles de Oxford y sus *colleges*, disfrutaban en sus pubs y estaban protagonizando la vida y, a nuestro modo, la literatura, no sin ciertos desencantos. Mi historia con Sergio Beser es la de una amistad inquebrantable, llena de paralelismos, de complicidades, de recuerdos, de familia y amigos comunes. A todo ello debe sumarse su profunda y sentida dedicación morellana. Pero la relación de Sergio con esta universidad que a él le cobijó durante los años de formación y en la que yo he vivido prácticamente toda mi vida, bien se merece este acto, no tanto de homenaje, sino de recuerdo entrañable. En estas aulas forjamos esperanzas y vivimos lo que, desde la edad, parece casi lo mejor de la vida: la juventud. Recuerdo a aquel niño pelirrojo y al hombre maduro y enfermo al que visité en la clínica Quirón, pocos días antes de su muerte. Con su vida se escapó también parte de

la mía, porque los recuerdos comunes ya no tengo con quien compartirlos. No he querido, pues, rememorar al sabio, al dedicado profesor, sino al amigo ejemplar, al hermano, con el que tanto viví y mucho añoro.

Joaquín Marco

Universitat de Barcelona, 11 de marzo de 2010

Universitat Autònoma de Barcelona, 1 de junio de 2010